

Ulrich Boehm

FILOSOFÍA HOY

Prólogo

Debes estudiar filosofía, aun si no tuvieras más dinero que el que es necesario para comprar una lámpara y aceite, y no más tiempo que el que hay desde la medianoche hasta el canto del gallo.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

Cualquiera puede plantear preguntas filosóficas: constituyen una necesidad básica del hombre desde su infancia. No es necesario que la filosofía fundamente esto. "Así como el canguro salta y el mono trepa, así el hombre piensa", afirma el neurólogo Valentin Braitenberg.

Pero a quien quiera pensar y seguir el consejo de Hölderlin le resultará, por lo general, difícil encontrarse a gusto con lo ya pensado, con la inabarcable cantidad de literatura, con la complejidad de sistemas de pensamiento contradictorios y con el lenguaje especializado cada vez más complejo de los filósofos. Respuestas a las cuestiones básicas de la vida fácilmente comprensibles son más rápidas de obtener con los gurúes y las sectas, los astrólogos y profetas del esoterismo y del *new age*.

Durante mucho tiempo, la filosofía no gozó de prestigio entre el público; era considerada demasiado abstracta e incomprensible, poco actual y sin relación con la vida práctica. Rara vez un filósofo abandonaba su torre de marfil académica. Quien estuviera convencido de que la filosofía existía no sólo para los filósofos y, por lo tanto, se involucraba en debates públicos sobre cuestiones sociopolíticas, así como quien entendiera la filosofía como una ayuda para cualquiera, era rápidamente etiquetado como periodista o marxista y arriesgaba su carrera académica.

Durante mucho tiempo existió una profunda brecha entre la filosofía y el público, ante la que los filósofos reaccionaban, dudosos, con la pregunta "¿para qué, todavía, la filosofía?", uno de sus temas favoritos hace unos 30 o 40 años. Theodor W. Adorno, en 1962, no estaba "de ninguna manera seguro" acerca de la respuesta a esta pregunta. Él temía que los argumentos sobre un tema "que el espíritu del tiempo rechaza por anticuados y superficiales" sonaran débiles y eruditos. La filosofía ya no sería "utilizable por los técnicos del control de la vida" y aparecería "en una contradicción irreconciliable con la conciencia dominante".

Con posiciones semejantes, u otras igualmente negativas, es difícil atraer al público. De todos modos, esta posición convocó a los grandes pensadores ya fallecidos del siglo XX, Adorno, Horkheimer y Bloch, Wittgenstein o Heidegger, incluso cuando la filosofía no sirviera para la vida o, peor aun, cuando sólo mostrara desdén hacia ella y se distanciara de manera elitista de las preocupaciones humanas.

¿Para qué, entonces, todavía la filosofía? ¿Acaso no triunfan la técnica y las ciencias, que hace tiempo emigraron de la filosofía, que incluso ponen en movimiento el motor de la economía, mientras los filósofos sobreviven como investigadores en el gueto de las universidades, como funcionarios del pensamiento y administradores de los conceptos del legado filosófico? Norbert Elias afirmó que la filosofía es en la actualidad "completamente decadente" y que su prestigio es "la gloria póstuma de una época más importante".

Mientras tanto, el tiempo cambió sustancialmente y, con él, la filosofía. Entre ella y el público reina un clima diferente. El interés público, notoriamente creciente, no se aplica sólo a los grandes nombres; son más bien las experiencias generales de las últimas décadas las que reclaman una nueva responsabilidad de la filosofía. Ella alcanzó nuevamente una competencia práctica como aporte orientador en la discusión pública que busca, cada vez más, modelos consensuados que determinen qué es *razonable*.

Las conversaciones recopiladas en este libro intentarán participar de esta búsqueda. En ellas se pone de manifiesto la diversidad de temas y tareas que le corresponden a la filosofía, en la actualidad, para la solución de los problemas en la sociedad y en la vida de cada hombre. Las cuestiones que registran el mayor interés son las referidas a la ética.

Ya no somos tan ingenuos como para creer que técnicamente podemos hacerlo todo y que políticamente podemos controlarlo. Desconfiamos de una racionalidad que no es capaz de reformular también los objetivos deseables. Somos conscientes de la otra cara del progreso de la civilización que destruye en la naturaleza, cada vez más, los fundamentos de la vida. Vemos los innumerables riesgos con los que vivimos, que son también una consecuencia del rápido avance de las ciencias. La creciente influencia de los medios de comunicación de masas, el entrecruzamiento internacional de la información y la globalización de todas las esferas generan problemas. En la política mundial, tras el fin del conflicto Este-Oeste, la discusión se desplaza a cuestiones acerca de la multiplicidad cultural y los derechos humanos. De la tradición de la filosofía occidental se deriva la fundamentación del reclamo de validez de los derechos humanos. Países como China, por ejemplo, o los fundamentalistas islámicos rechazan esta pretensión por *eurocéntrica*.

Quien siga atentamente las discusiones públicas de estos problemas buscando soluciones a partir de las causas y fundamentos no podrá evitar el camino de la filosofía, ni siquiera en

la información cotidiana de los medios de comunicación de masas. Hoy en día, los filósofos son interrogados en todas partes, en diálogo con otros científicos y con aquellos que toman decisiones en el ámbito de la política y la sociedad. Los filósofos asesoran a los políticos, a los conductores de la economía e, incluso, a los consejeros laborales; ellos entrenan a los ejecutivos de la industria y de los aparatos administrativos; trabajan en comisiones de ética para la medicina y la técnica, y planifican conjuntos de proyectos acerca de nuestro futuro.

La necesidad generalizada de una filosofía condujo a la enseñanza de la ética en las escuelas y a la creación de nuevos institutos y variados círculos de discusión; regaló a los sorprendidos editores algunos éxitos sensacionales con libros de filosofía y proporcionó a los filósofos nuevas posibilidades laborales, por ejemplo, en el campo de las relaciones humanas, que hasta ahora sólo era patrimonio de los sacerdotes y los psicólogos y terapeutas. Gerd B. Achenbach inició, en 1981, una práctica filosófica -la primera desde Sócrates, según escribió la prensa entonces-, para involucrarse en una primitiva competencia de la filosofía, una tradición muchas veces olvidada y maltratada en cuyo punto central se encontraba la reflexión del hombre sobre sí mismo y sobre el mundo, o sea, la filosofía como arte de vida. Muchos problemas de la vida en el mundo moderno pertenecen al ámbito de la conciencia, no de las enfermedades o de las anormalidades espirituales. Lo que le falta al hombre son alternativas de vida frente a sus necesidades, miedos y depresiones, y, en esta situación, la limitada instrucción de los psicólogos y terapeutas le resulta de menos ayuda, dice Achenbach, que las múltiples posibilidades de pensamiento de la filosofía. Para decirlo con palabras de Novalis: la filosofía puede "desflematizar y vivificar". Ella es el lugar en el que la tradición está viva con la riqueza de las experiencias de los hombres sobre sí mismos y sobre su mundo, que sobrepasa cualquier aplicación utilitaria inmediata y, sin embargo, es indispensable para la formación de nuestra identidad como personas y como nación.

Este libro contiene conversaciones con algunos de los más importantes y conocidos filósofos de la actualidad: entre otros, Hans-Georg Gadamer, *decano de las ciencias espirituales alemanas* Dieter Henrich, su discípulo y seguidor en muchas tareas; Carl-Friedrich von Weizsäcker, quien transita las fronteras entre la física y la filosofía; Jürgen Habermas, quien como filósofo y sociólogo siempre se ocupó desde la historia de Alemania hasta lo publicitario; Richard Rorty, pragmático de los Estados Unidos; Odo Marquard, alegre escéptico, y Jürgen Mittelstrass, filósofo de las ciencias. Además de una serie de filósofos más jóvenes, también participaron de las conversaciones científicos naturales, el político Peter Glotz, el conocido sociólogo Ulrich Beck y, en un diálogo con Otfried Höffe, el moderador televisivo Ulrich Wickert, jurista que contribuyó, como autor y editor, a convertir la filosofía en *best seller* y que en estas series de conversaciones manifestó el interés *público* por la filosofía.

Las conversaciones se desarrollaron para el público ante las cámaras de televisión y fueron emitidas en el programa *Filosofía hoy*, con la excepción del diálogo de Jürgen Habermas y Ronald Dworkin sobre derechos fundamentales y democracia, que tuvo lugar en un estrecho círculo de expertos con exclusión del público. Fue la primera aparición televisiva de Jürgen Habermas, quien hasta ese momento había evitado toda presentación en el medio. Las notas introductorias informan sobre circunstancias y detalles especiales de las conversaciones.

La iniciativa de publicar este libro partió de la editorial que seleccionó las conversaciones de la serie televisiva. En primera instancia, éstas son apropiadas, entre las diferentes formas de presentación de las emisiones televisivas, para su reproducción en forma de libro. La televisión se concentra en la imagen de las personas y en el sonido de la palabra hablada. Muchos filósofos y consumidores críticos de televisión opinan, además, que las conversaciones son la forma más adecuada para la presentación de la filosofía en ese medio, ya que la realidad concreta de la filosofía es el filósofo, se despliega como pensamiento, como concepto, y se desarrolla en la conversación; la comprobación y ponderación de los argumentos en la búsqueda de un argumento siempre superior es su oficio. Este proceso es el pensar y este filosofar viviente se consume en las conversaciones.

Este tipo de intercambio demuestra una nueva autocomprensión de la filosofía que, desde un lugar más sensato, renuncia a una concepción del mundo más abarcadora, que aprendió a escuchar y a informarse y que estimulará a todos a pensar por sí mismos, pues los filósofos se verían sobreexigidos si esperáramos que, por su competencia, nos liberaran de nuestra propia responsabilidad.

Aceptando las suaves presiones del medio, los filósofos utilizan ante la cámara un vocabulario diferente del de sus conferencias y publicaciones especializadas, un lenguaje que es comprensible y que toma en consideración al público y a los aficionados a la filosofía. Así, paradójicamente, debe agradecerse a la televisión que, mediante el rodeo de una redacción relativamente costosa de los extractos de las conversaciones, revisadas y acordadas por los participantes, surgiera finalmente un texto para un público lector más amplio del que la editorial hubiera requerido inútilmente de los participantes en forma directa.

A través de la televisión como foro, la filosofía regresa también a su origen en la Antigüedad, como un asunto que era debatido en las plazas y en los mercados públicos.

Filosofía hoy, una serie de Westdeutschen Rundfunks Köln (WDR), es la única transmisión regular sobre filosofía en la televisión. Desde enero de 1988 presentó temas filosóficos en forma de reseñas, retratos, documentación, reportajes y discusiones en cerca de cien transmisiones (hasta diciembre de 1996). La serie se propone presentar ante el gran público a los filósofos más notables e informar sobre las corrientes filosóficas más destacadas de la actualidad;

busca una filosofía concreta, viviente y cotidiana, que satisfaga la creciente necesidad de orientación.

En una sociedad en la que, cada vez más, sólo se considera importante y real lo que aparece en televisión, sería fatal si la filosofía no estuviera presente. Evidentemente, los filósofos especializados aceptaron este desafío: desde hace algunos años, el tema *filosofía y público* se encuentra con más frecuencia que antes en los programas de sus sesiones y congresos.

Finalmente, agradezco a todos los colaboradores de la serie, a los participantes de las conversaciones, a mi esposa por la comprensión mostrada durante los años de *Filosofía hoy* y a los responsables del programa de la WDR que con su determinación me dieron la posibilidad de iniciar la serie: Günter Struve, Hansjürgen Rosenbauer y Werner Hamerski. Su decisión contribuyó a que el televidente, y ahora también el lector, pueda seguir con más facilidad el consejo de Friedrich Hölderlin.

U. B.

Filosofía

¿Para qué la filosofía?

*Una conversación entre Valentin Braitenberg,
Peter Glotz y Odo Marquard, moderada
por Gerd B. Achenbach
(fragmento)*

GERD B. ACHENBACH (G.B.A.): *¿Para qué la filosofía? Ésta no es tanto la pregunta de los no filósofos, sino más bien una cuestión de filósofos. Con esta pregunta, ellos evitan que la filosofía se convierta en una rutina aburrida y logran, al mismo tiempo, que la filosofía se renueve a sí misma con evidencias siempre recientes. De esta manera, la más antigua de todas las ciencias permanece siempre joven. Por lo tanto, no temamos a la pregunta "¿para qué la filosofía?". Valentin Braitenberg es profesor y director del Instituto Max Planck de Cibernética Biológica en Tubinga. La razón por la que Valentin Braitenberg participará en la discusión es que él, en cierta medida, piensa las ciencias naturales desde las ciencias humanas e investiga las ciencias del espíritu desde las ciencias naturales; en pocas palabras, transita la frontera entre ambas. Debido a este tránsito de fronteras, Valentin Braitenberg se ha convertido en lo que llamamos, desde Friedrich Schiller, una mente filosófica. ¿Se puede seguir siendo un científico serio con mente filosófica, o se arriesga el buen nombre cuando se filosofa demasiado?*

VALENTIN BRAITENBERG (V.B.): Habría que preguntarles a los colegas. Existen formas extrañas del pensamiento que son toleradas también en nuestros círculos. A ellas corresponde, indudablemente, la filosofía. La pregunta es si la filosofía es considerada como un pasatiempo inofensivo o como algo que, a la larga, arruina las buenas conciencias. Yo creo que hay buenas razones para que en las actuales ciencias naturales se deba filosofar más, no sólo en la física, donde esto ya ocurre, sino también en la biología y, especialmente, en la neurología, donde las apreciaciones son todavía muy ingenuas. O, dicho de otra manera, existen razones para considerar nuevamente a las ciencias naturales como hijas de la filosofía y hacerlas volver al sitio donde una vez estuvieron. Esto, probablemente, también tendría efectos positivos para el desarrollo de la ciencia en el sentido puramente técnico.

G.B.A.: *Una breve pregunta. Usted, de joven, publicó el libro Gescheit sein [Ser sensato] con el subtítulo Unwissenschaftliche essays [Ensayos no científicos]. ¿Usted es más filósofo en un libro semejante o en la tarea estrictamente científica?*

V B.: Ésa es una pregunta inteligente. Yo creo que allí donde soy aplicado y ejerzo mi ciencia lo mejor que puedo es donde soy también el mejor filósofo.

G.B.A.: *Con el mismo derecho se puede llamar a nuestro segundo invitado una mente filosófica. Peter Glotz es político de profesión y, precisamente, un político que, al menos de vez en cuando, hace públicos pensamientos sustanciales y fundamentales, lo que no puede decirse de todos los políticos. En 1987, Peter Glotz publicó en Spiegel un extenso ensayo titulado "La enfermedad de la izquierda". Entre otras cosas, en este artículo muy discutido desde entonces, sostiene la tesis de que la izquierda actualmente se enferma por una desorientación filosófica. ¿Cómo es esto, señor Glotz? ¿En la política es todo más difícil para los intelectuales que para los políticos normales? Y una pregunta más: ¿entienden los trabajadores lo que usted les propone filosóficamente, de la manera en que lo entiende actualmente, en cierto sentido, también su partido en tanto la organización de sus intereses?*

PETER GLOTZ (P.G.): Los grandes partidos de trabajadores siempre convivieron con intelectuales. Pero asimismo es cierto que siempre existieron y existen dificultades. Rudolf Hilferding las tuvo, y también Rosa Luxemburgo, si bien no me puedo comparar con ellos. En relación con esto, uno sólo se puede preguntar: ¿qué fue lo peor, que fueran intelectuales o que fueran judíos? Naturalmente, también en la actualidad existen dificultades en los partidos políticos. El Partido Socialista Alemán soporta esto bastante bien, mejor que otros. Hans Maier dejó su cargo en la Unión Cristiano-Social, Biedenkopf no es muy discutido en la Unión Cristiano-Demócrata, y Dahrendorf se fue al *exilio*, como él mismo dijo. Yo, por el contrario, sigo siendo miembro de la presidencia del Partido Socialista. No creo que los ensayos que escribo les interesen a todos los miembros del SPD, no tiene por qué ser así. No todo artículo tiene que ser escrito para la totalidad de los miembros del SPD. También escribo artículos en *la Revista Socialdemócrata* y ahí me esfuerzo por que sean interesantes para cada miembro.

G.B.A.: *En pocas palabras, no cualquiera que filosofe como político arriesga con ello su carrera política.*

P.G.: No. Horst Ehmke me dijo varias veces: "Peter, si escribieras la mitad, te querrían el doble". Esto puede ser correcto, pero yo persevero.

G.B.A.: *El tercer invitado en esta ronda es Odo Marquard, profesor emérito de filosofía en Giessen, es decir, una mente filosófica de profesión. Odo Marquard está invitado no sólo porque es, sin duda, uno de los filósofos más conocidos de la actualidad, ni sólo porque es un filósofo especialmente original, sino también porque fue el presidente de la Sociedad General de Filosofía en Alemania y por ello está autorizado a hablar en nombre de la corporación de los filósofos profesionales.*

Señor Marquard, ¿cómo es esto realmente? ¿Puede un filósofo hablar en nombre de todo el conjunto, o un filósofo es un pensador tan individual y solitario que le resulta imposible hacer tal cosa?

ODO MARQUARD (O.M.): Me enfrenté con esta pregunta durante los tres años de la presidencia y mi respuesta es la siguiente: los

filósofos son individualistas que pertenecen a diferentes escuelas. Si se quiere representar el interés de la corporación, entonces hay que encontrar un punto de vista que comprenda todas las orientaciones. Sin embargo, para eso no se debe ni se debería renunciar al propio camino hacia la verdad ni a permitirse expresarlo.

G.B.A.: Ahora, señor Marquard, volviendo a nuestro tema, ¿para qué la filosofía?

O.M.: Porque no podemos vivir sin filosofía; ésa sería mi respuesta general en una primera instancia. ¿Para qué la filosofía en la actualidad? La respuesta estándar, que encuentro más a mano, es ésta: vivimos en un mundo que se torna cada vez más complicado, que de un modo acelerado se desorienta cada vez más. Por eso aumenta mi creencia en que es necesaria una orientación. Y la filosofía, si la entiendo bien, tiene que ver con esta orientación básica. O sea que la filosofía tiene que tornarse cada vez más necesaria allí donde aumenta la necesidad de orientación. Esto, para dramatizarlo un poco, contradice una tesis que se plantea frecuentemente y que sostiene que la filosofía se vuelve cada vez más innecesaria, a medida que el mundo se vuelve más moderno y más se imponen las ciencias. Yo soy de la opinión contraria: creo que se vuelve cada vez más necesaria a medida que las ciencias se desarrollan y se diferencian. Formulado como tesis: cuanto más moderno se vuelve el mundo moderno, tanto más necesaria es la filosofía, que siempre existió.

G.B.A.: Señor Glotz, seguramente usted estará de acuerdo con Odo Marquard en que la filosofía es necesaria; eso lo leí también en su ensayo. La pregunta es si una filosofía que sea necesaria ya existe o si aún falta.

P.G.: En los hechos, los que se resisten a la filosofía y a la orientación también están en deuda con ellas. Mi tesis, entre otras cosas, sostiene que los dos filósofos más influyentes en la actualidad son Nietzsche y Heidegger, los que haciendo un rodeo francés, a través de Foucault y otros, retornaron a la escena alemana. Hay personas que se oponen a algo y no saben en absoluto a qué se oponen. Se oponen a algo, por ejemplo, y no saben que eso procede de Heidegger. En este aspecto estoy, en principio, de acuerdo con la tesis del señor Marquard. Ahora bien, ciertamente, me resisto ante dos modos de filosofar: yo los llamo los moralizadores y los explotadores de conciencias. Los moralizadores son aquellos que ya no piensan en determinadas estructuras objetivas, por ejemplo, económicas, sino que quieren reducir todo a un problema moral y terminan apelando a las buenas personas y al buen carácter. Esto no es en absoluto suficiente para nuestro complicado mundo.

A los explotadores de conciencias, a los sensibleros, ya los vimos, justamente, en nuestra disputa histórica: son los que dicen que los hombres necesitan algún tipo de estabilidad interna, porque de lo contrario se vuelven totalmente salvajes (por ejemplo, el Estado nacional alemán, la identidad de los alemanes u otras similares).

Ellos inventan, entonces, una historia, en lo posible conmovedora, por ejemplo, la historia del Estado nacional alemán, para emocionar a la gente y llevarla a hacer determinadas cosas: para luchar por la reunificación o pelear contra el muro o lo que sea. Ante estos dos modos de mal uso o, mejor, instrumentalización de la filosofía me resisto.

G.B.A.: Querría detenerme una vez más en esto. El señor Marquard dijo hace un momento, de un modo muy general, que la filosofía es necesaria. Ahora, usted dijo que existen filósofos actuales, como Nietzsche y Heidegger. Me atrevo, como filósofo, a delimitar lo dicho, nombrando sólo a Nietzsche, ya que Heidegger es una especialidad.

Querría decir algo muy concreto: si la filosofía es necesaria, entonces existen dos posibilidades. Una posibilidad la entiendo a partir de lo que usted sostiene, o sea, que una filosofía que ya tenemos -la quiero llamar, por ahora, una filosofía de izquierda- en la actualidad, y la que ya no está pasando por un buen momento. Con esto me permito provocarlo. Entonces usted podría decir: el desarrollo sucedió, a mi modo de ver, de Marx a Nietzsche. Me gustaría saber lo que realmente ocurrió allí. Pero antes querría mencionar una cita que todos conocen, una cita muy famosa de un filósofo muy famoso, la "Tesis núm. 11 sobre Feuerbach" de Karl Marx. Allí se dice: "Los filósofos tan sólo interpretaron el mundo de otra manera. Se trataría de modificarlo". Mi pregunta es si la pretensión intelectual de esta tesis está, en la actualidad, tan caduca como el anticuado giro "se trataría".

P.G.: Yo creo que en la filosofía existe una especie de ciclo, como en la economía. Un científico judío expulsado de Alemania, llamado Albert Hirschmann, escribió un libro muy interesante sobre los ciclos de compromiso y desencanto. Él dice que siempre hay fases en las que los hombres están más resignados y desencantados después de que algo funcionó mal -la revuelta estudiantil, la coalición social liberal, la apertura de la política del Este o bien, Kennedy, una especie de *new deal*-. En este desencanto, la gente recurre más a Nietzsche que a Karl Marx, lo que, ciertamente, también quiere decir que en este ir y venir entre compromiso y desencanto ya volverá el tiempo del compromiso. Si usted observa el gran congreso que organizaron en 1987, en Francfort, cuarenta profesores de escuelas superiores acerca del futuro de la enseñanza, congreso en el que participé, ya se percibe allí que hay una nueva apertura, un intento por enfrentar las tendencias de los últimos diez y veinte años. Para ello, se echará mano siempre de nuevo a la filosofía, algunas veces a la actual y otras veces a la vieja y anticuada.

G.B.A.: ¿Según esto, Nietzsche sería el filósofo de los marxistas desilusionados, o se trata de algo totalmente diferente?

O.M.: Seguramente Nietzsche se convirtió en el filósofo de algunos marxistas desilusionados. Pero, en principio, la alternativa Marx o Nietzsche es demasiado simple. No voy a hacer un secreto del hecho de que Heidegger es, para mí, un filósofo muy importante.

Pero se podría preguntar cuál es la tarea de la filosofía. ¿El cultivo de la utopía o la competencia del desencanto? Yo creo que ambos. Y frente a un tiempo de exagerado cuidado de la utopía se inicia, según mi parecer en tanto coincido con la teoría de los ciclos, un movimiento contrario, basado en el desencanto. Si luego, nuevamente, es necesario otro movimiento opuesto de cuidado de la utopía, eso lo tienen que ver los filósofos. Para mí, ambos pertenecen a la filosofía. Uno sólo se puede oponer a la filosofía con filosofía, defenderse de la mala filosofía sólo con buena filosofía. Puede ser, aquí, discutible lo que es la mala, la buena, la correcta o la falsa filosofía. Debería haber consenso en torno a la cuestión de que contra la filosofía sólo ayuda la filosofía y, por ello, la filosofía es necesaria.

G.B.A.: Por ello es que Peter Glotz fue mucho más lejos cuando dijo que la pregunta no es si necesitamos la filosofía, sino cuál es la filosofía que necesitamos.

V.B.: En este punto estoy, probablemente, un poco al margen porque yo delimitaría la filosofía de un modo diferente del que se hace aquí. Esto se debe a que mi formación filosófica en el liceo apenas sobrepasó a los presocráticos. En aquel entonces, la filosofía era verdaderamente igual a la ciencia. La pregunta "¿para qué la filosofía?" era idéntica a la pregunta "¿para qué aprender, para qué saber?" Y la respuesta es, quizá, biológica y muy primitiva, y por ello no requiere una mayor fundamentación. El hombre no puede proceder de otra manera. Así como el canguro salta y el mono trepa, el hombre piensa, obtiene conocimiento, lo elabora verbalmente y discute sobre él. No se puede fundamentar por qué lo hace si no se quiere desplegar toda la historia de la teoría de la evolución de la vida.

¿Para qué, entonces, la filosofía? A mi modo de ver, la filosofía es la madre, la matriz de la que permanentemente se desprenden diferentes ciencias. Antiguamente, un filósofo se habría ofendido si se le hubiera dicho que él ya no podía comprender a una de estas hijas separadas. La madre filosofía conversó con todos y se sintió competente en todos los ámbitos. Pero entonces tuvo lugar, en algún momento, la ofensa; las hijas emancipadas desarrollaron un lenguaje que la generación de los padres ya no pudo o no quiso comprender: el lenguaje de la física, la matemática y otras ramas formalizadas de las ciencias. Así, la filosofía se habría definido, desde lo negativo, como el resto, como lo que queda después de la separación de todas las ciencias exactas. Esto sería un cuadro triste si no supiéramos que tanto el proceso de surgimiento de las ciencias particulares dentro de la filosofía como su autonomización están muy lejos de terminar. Justamente, en este último tiempo surgieron ciencias que todavía huelen a filosofía pero que se proclaman orgullosamente como adultas. Un ejemplo de esto es la lingüística moderna, estimulada por la posibilidad de programar la lengua en la computadora y refinada por la presión de definir, mejor de lo que era necesario hasta ahora, la gramática, la semántica y todo lo que

abarca. Las personas que se ocupan de esto son filósofos y, para llevarlo adelante, no se necesita una jerga difícil de comprender como en la física teórica. Se necesitan mentes sensatas como las que se encuentran entre los filósofos. Algo similar ocurría hace cien años cuando la psicología se independizó como disciplina propia y, más recientemente, cuando una rama de la psicología se convirtió en *ciencia de la cognición*.

G.B.A.: *Parece ser como si la gran madre filosofía pariera muchas pequeñas ciencias. Y, tal como ocurre con los niños cuando todavía son pequeños, la madre es especialmente importante para ellos. Cuando las ciencias ya son viejas y se vuelven grises y caminan por sí mismas, ya no necesitan más a la filosofía.*

O.M.: Cuando entramos en la pubertad, nos apartamos de la filosofía y decimos que ya no la necesitamos. Y, cuando maduramos, entonces decimos: ahora necesitamos nuevamente a los filósofos. ¿Usted también lo ve así?

V.B.: No, según mi parecer, la madre permanece lo suficientemente joven como para parir nuevas hijas y así su función queda preservada. Sería falso si esta madre se retirara ofendida, quisiera ser algo especial y, de este modo, se sustrajera a las posibilidades que todavía tiene.

O.M.: Querría decir algo en relación con esto, señor Braitenberg. En principio, usted sostuvo una tesis que me resultó increíblemente conocida, porque yo mismo la sostuve durante un tiempo hace unos doce años. Las ciencias proceden de la filosofía. ¿Y qué es lo que queda? Nada. Por lo tanto, ¿qué hacemos como filósofos? A lo sumo, tenemos la posibilidad de compensar nuestra incompetencia. Éste fue mi sombrío punto de vista durante un tiempo.

P.G.: ¿La ciencia del espíritu como compensación, por decirlo de alguna manera?

O.M.: Bueno, esto fue para mí una irrupción alentadora. Pero no, ya que me cayó entonces en las manos el libro *Nación retrasada* de Helmut Plessner. Allí, Plessner sostiene convincentemente la tesis de que la filosofía se encuentra, en la práctica, en una situación precaria que la hace aparecer como casi superflua; no obstante, justamente por el hecho de que se lucha contra esta situación, ella se recreó descubriendo nuevos campos importantes. Este proceso comenzó con Kant, cuando los filósofos dijeron "ahora las ciencias están presentes". Debemos preguntar qué pueden las ciencias y qué no pueden. Kant llamó *crítica* a este trabajo. Más adelante se dijo "sí, los grandes intentos de la filosofía, fundar el pensamiento y moralizarlo, fallaron, nos desilusionaron". Pero por ello descubrimos algo que hasta entonces no se había descubierto, a saber, preguntarnos y desenmascarar el arte, las ilusiones, esto es, dedicarnos artísticamente a las desilusiones. Éste fue el nacimiento de la crítica de la ideología. Por lo tanto, en la medida en que la filosofía pierde competencias en las ciencias que se desgajan de ella, al mismo tiempo se desarrollan nuevas competencias que descubre en este mismo proceso. Y por eso, probablemente se torna

otra vez fructífera para las ciencias particulares, que por cierto hoy en día tampoco andan dando vueltas de modo aislado, sino que son tanto más fructíferas si los científicos trabajan en conjunto y desarrollan un diálogo superador, llamado interdisciplinario.

V.B.: Como consumidor, no productor de filosofía, como es mi caso, le asignaría con gusto, sin embargo, el papel de moralizar simplemente por la razón de que no tenemos otra instancia que repiense productivamente, y no sólo de un modo conservador, las reglas de nuestra sociedad y que refleje y determine continuamente los valores. ¿Cuánto vale la vida de un embrión humano, cuánto vale la vida de un gato en el laboratorio o la vida de una persona anciana? Éstas son las preguntas a partir de las cuales las modas producen grandes olas, generando fácilmente posiciones contrarias, porque no tenemos una teoría, lo que nos sorprende penosamente demasiado tarde cuando surgen compromisos entre posiciones opuestas e inconciliables. Los filósofos ya no se pueden sustraer a esta responsabilidad, después de que desde hace siglos se adjudicaran haberse separado de la teología como guardiana de estos valores.

P.G.: Señor Braitenberg, yo creo que si los dos -probablemente con diferentes acentos- nos oponemos a la moralización, no lo hacemos a toda forma de ética. Sólo nos oponemos a que se moralice con estrechez de miras. Con esta expresión me refiero a que una situación que se puede describir y explicar por una ciencia particular, como por ejemplo la economía, se resuelva con esta estrechez de miras haciendo uso de advertencias morales sobre la interioridad de los hombres y sus almas. Pero esto no significa que la ética no tenga sentido.